

Un semestre en cuarentena

Niall Binns
Universidad Complutense de Madrid

El domingo 8 de marzo de este año tuvo lugar en Madrid una multitudinaria manifestación para celebrar el Día Internacional de la Mujer. La marcha, que partió de la Estación de Atocha para acabar en la Plaza de España, fue encabezada por varias ministras, dos de las cuales, al igual que la mujer del presidente (que las acompañó en primera fila), se enfermarían del Covid-19 durante la semana siguiente. Según la crónica de la pandemia narrada por la oposición, la “agenda” feminista del gobierno le impidió prohibir el acto, aun sabiendo que ponía en riesgo la salud de los ciudadanos, y fue ahí donde se originó el mal. Se olvidan de que nadie podía imaginar aún la magnitud del virus, se olvidan de que en esa fecha seguía muy bajo el nivel de contagio, se olvidan de que tampoco se impidieron, ese fin de semana, otros actos multitudinarios como, por ejemplo, el partido de fútbol entre el Betis y el Real Madrid. Nunca en mi vida he visto tanta mezquindad, tanta hipocresía política como en estos últimos meses en España.

Ese 8 de marzo tuvo fiebre mi mujer. Había estado en dos estrenos de teatro la semana anterior, alguno de los presentes seguramente recién llegaba de Italia, y fueron varios los actores, dramaturgos y directores que hicieron su triste aporte a esa primera oleada de enfermos. Al día siguiente, el lunes por la mañana, me tocó ir a la universidad. Tenía programadas una tutoría con una alumna y una reunión, en mi papel de coordinador del Máster en Literatura Hispanoamericana, con la directora, la subdirectora y el secretario académico del Departamento, y con la coordinadora del Máster en Literatura Española. Por si acaso, me senté al otro extremo de la larga mesa de reuniones, y luego di la tutoría dando vueltas con la alumna por el patio. Nunca he sabido si fui portador del virus. No caí enfermo y no tengo anticuerpos.

Comencé mi cuarentena esa tarde; se hizo oficial el confinamiento en toda España el fin de semana siguiente. La fiebre de Denise duró varios días pero la fortuna quiso que no llegara el virus a sus pulmones. Sufrió durante semanas, eso sí, un cansancio galopante. Se arrastraba por el piso y dormía como nunca. Siempre ha contado que le hizo bien el coronavirus. En esos momentos aún se decía que era poco más que una gripe, así que se libró del miedo que llegaría después, y lo cierto es que le curó el insomnio.

Casi me avergüenza relatar lo plácido que ha sido, para mí, el confinamiento. Tenemos buenos amigos que han enfermado, que han pasado por el hospital y han vivido una experiencia terrible. Tenemos amigos que han perdido a familiares y gente cercana. Nosotros, hasta ahora al menos, hemos tenido suerte. Además, yo tuve mi docencia concentrada en el primer cuatrimestre del año académico, así que he estado todo 2020 sin clases. Del 15 de marzo al 2 de mayo el confinamiento en España fue total: solo podíamos salir a hacer la compra. A partir del 2 de mayo, se permitía pasear durante una hora cada día. Comenzó la “desescalada” en Madrid, muy lentamente, a partir del 25 de ese mes. Aquí en casa, en realidad, nunca hemos abandonado del todo el confinamiento. Salimos poco con amigos, solo nos escapamos durante tres noches a la Sierra de Guadarrama en plena ola de calor. Y ya está.

Nunca me olvidaré de la imagen, mientras volvía al atardecer del supermercado en Callao, de la Gran Vía madrileña totalmente vacía. Como ha sucedido en otros lugares, una ciudad apenas con tránsito vive una extraña mutación y la naturaleza, habitualmente desterrada del centro urbano, vuelve para reclamar lo suyo. He visto imágenes de pumas recorriendo las calles de Providencia, de cóndores posándose en la terraza de un apartamento de Las Condes. En el pueblo galés de Llandudno bajaron las cabras montañosas de la sierra para pisotear los jardines y arrancar las hojas de setos y arbustos; son una cabras blancas y peludas con grandes cuernos, de origen kashmirí, que llegaron a Gales importadas desde la India en tiempos de la Colonia. Aquí en Madrid los pavos reales del Retiro, acostumbrados a los restos que dejan los turistas, abandonaron el parque para buscar comida en las calles cercanas. Nunca ha habido tantos pájaros en la ciudad, nunca la gente ha salido tanto a los balcones para verlos. Delante de uno de los balcones de nuestro piso hay un gran aligustre donde se reúne, así lo decía Jorge Teillier, *el congreso de los gorriones*. En los días del confinamiento total, cuando me levantaba por la mañana y abría las ventanas del salón, ahí estaban a la espera nuestros gatos, sentados muy juntitos como si fuese en las butacas de un teatro para disfrutar del espectáculo. Anticiparon su llegada los vencejos este año: vinieron (a finales de marzo) y se fueron (a finales de julio) dos semanas antes de lo habitual, y eran muchos, más que nunca; por la mañana y al atardecer llenaban el cielo con el chirriar de sus gritos, con su vuelo vertiginoso por las autopistas del aire. He visto una pareja de halcones peregrinos bailando bajo las nubes en una tarde de tormenta. He visto, también, algo inaudito: milanos negros sobrevolando el centro. Y desde finales de mayo, cuando se nos permitía por fin salir a pasear, hemos podido ver, por primera vez en el Parque del Oeste en al menos dos décadas, la maravillosa abubilla: maestro espiritual de las aves en el poema sufí *La asamblea de los pájaros* de Farid ud-Din Attar, reina también en *Las aves* de Aristófanes, el más bello y destacado de los pájaros —más que el petirrojo y el pito real, más que el jilguero y el Martín pescador— en el “Jardín de las Delicias” del Bosco. En ciudades donde el aire de repente, por breves meses,

se ha hecho respirable, donde la naturaleza no humana se deja ver y oír, nuestra larga cuarentena nos recuerda tareas pendientes, quizá la Gran Tarea pendiente de nuestra época, que no sabemos y no hemos sabido enfrentar.

De marzo a julio tuve reuniones del Departamento, reuniones en torno a la brusca adaptación del Máster a una docencia online, pero al estar sin clases me libré de la necesidad de ponerme al día con los recursos tecnológicos que disponía la Universidad para impartir clases virtuales. He hablado mucho con mis colegas —tengo la suerte de contar con colegas formidables— y mucho con mis alumnos, que me han contado su experiencia de estos meses, y no han hecho más que confirmar lo que he pensado siempre. Hay personas más o menos dotadas para la enseñanza, algunos con el don de la palabra seductora, otros con el de la inteligencia deslumbrante, pero el buen profesor es el que es capaz de ponerse, en parte al menos, en la piel del alumnado (hay quienes no ven al otro, quienes apenas son capaces de verse a sí mismos) y que está dispuesto, además, a esforzarse para que esos alumnos aprendan lo mejor posible. La adaptación *express* a una docencia online exige esfuerzo, mucho esfuerzo, y hay algunos profesores —son pocos; pero son— que simplemente no han estado dispuestos a hacerlo. Que se han dicho “preferiría no hacerlo”. Que se han borrado del mapa, que no han dado clase, que han mandado lecturas. Que se han multiplicado por cero. Lo peor del sistema público es que han podido hacerlo y no pasa nada.

Tengo alumnos que me han escrito, emocionados, sobre los esfuerzos de casi todos sus profesores. Gracias a ellos, me cuentan, no ha sido un cuatrimestre perdido, pero aun así, aun con el esfuerzo máximo empeñado, aun con los profesores más comprometidos, creo que el resultado de una docencia online será siempre a medias. Como lo es todo en este tiempo. Te encuentras con amigos, sin abrazos y con distancia social: el encuentro se disfruta a medias. Vas a un restaurante o un bar, te quitas la mascarilla para comer y beber, comes bien, bebes bien, pero todo se disfruta a medias. Subes a la Sierra, te sacas la mascarilla para andar entre los pinos, pero huele más que los pinos el gel hidroalcohólico y todo —árboles, sol, paseo, chiringuito—, todo se hace y goza a medias.

Tengo compañeros ansiosos, que temen que los jefes de la Administración verán la experiencia de estos meses como una prueba de que una enseñanza al menos parcialmente online funciona, y que buscarán la manera de perpetuarla de algún modo y, en el proceso, ahorrar gastos. Ojalá no sea así, ojalá sepamos impedir que sea así, que no tengamos perpetuada en el tiempo una enseñanza a medias.

La única clase online que he impartido en estos meses se ha debido a una invitación de mi amigo Sergio Mansilla a hablar sobre poesía y ecocrítica en una clase de postgrado en la Universidad Austral. Fue una experiencia memorable. He tenido, sí, numerosas y frecuentes tutorías con tesis mías, con alumnos que han estado

trabajando conmigo en sus trabajos de fin de grado, sus trabajos de fin de máster. He llegado a dos conclusiones: corregir bien, detalladamente, una tesis o una tesina es un proceso doble o triplemente laborioso cuando hay que señalar problemas y sugerencias no en papel sino en un documento word o un pdf. Sé que muchos están acostumbrados a corregir así: yo no. Sugiero mucho, subrayo mucho, soy un pesado, y lo que se hace en un momento, al vuelo de la pluma, resulta enormemente desgastante en la pantalla. Por otra parte, sin embargo, he sentido una comunicación muy intensa, muy fructífera con los alumnos en las tutorías por Skype o Google Meet. En mi despacho vivo rodeado de tareas pendientes, del vaivén de colegas y alumnos, y las tutorías se interrumpen, se dispersan. Tengo amigos en la universidad chilena que trabajan en su despacho, escriben en su despacho; jamás he podido hacerlo yo. El tiempo de las tutorías online, en cambio, ha sido una bella burbuja. Me han tocado, creo, alumnos excepcionales, y los he echado de menos después de la entrega de sus trabajos.

Encerrado en casa y libre de esas tareas de la vida cotidiana del profesor, de esas nimias disrupciones que descarrilan el pensamiento, he escrito mucho, muchísimo en estos meses. Todos mis viajes se cancelaron. Ninguno de los congresos a los que tenía previsto viajar se hicieron virtuales. Así que escribí. Sobre aves. Y también sobre sueños. Denise y yo los llamamos *coronisueños*, sueños del confinamiento. Los hemos tenido nosotros, nos los han contado amigos. Siempre muy vivos, muy intensos, muy claustrofóbicos. Uno. Llegaba a un congreso en el Perú (nunca he estado en el Perú), por barco. Cruzábamos un lago rodeado de montañas. Sobrevolaban cóndores. Entramos en una especie de enorme catedral, arriba tenía lugar el congreso. Había que subir, planta tras planta, por una larga, tortuosa y muy estrecha escalera que se iba haciendo más oscura en el camino. Llegué arriba, al lugar donde supuestamente nos habían convocado, y me di cuenta de repente de que era una encerrona. Di media vuelta y me lancé escalera abajo, derribando y pisoteando y aplastando a todos los que me seguían. Al llegar al atrio me dirigí corriendo a la puerta de salida. Un guardián la vigilaba; le di un golpe en la cara y cayó al suelo. Afuera, a orillas del lago, bajo un cielo oscurecido por el vuelo de cóndores, me esperaban. No había salida posible.

Otro, más vivaz (yo había leído en esos días que el vencejo es el ave más rápida del mundo en el vuelo horizontal; el halcón peregrino, en cambio, al caer en picado sobre sus víctimas, alcanza velocidades superiores). Yo veía desde el balcón cómo un halcón peregrino perseguía por mi calle a un vencejo, que giraba bruscamente cada dos o tres segundos para volver en dirección contraria y pasar otra vez delante de mi balcón. Daban vueltas y vueltas por la calle. Yo podía ver la exasperación creciente del halcón, la humillación que significaba para él la situación insólita de verse superado en velocidad por un vencejo. Se esforzaba y se esforzaba pero

nunca llegó a acortar la distancia y así la extraña carrera siguió su curso. En cierto momento, en uno de los turnos en que pasaban las aves por delante de mí, creo que me burlé del halcón. No sé si le guiñé el ojo o le solté una carcajada, pero la reacción fue inmediata. Abandonó la persecución, dejó en paz al vencejo y remontó el vuelo, subiendo hacia arriba, arriba como una bala en dirección de un objeto que al comienzo yo no sabía qué era pero conseguí por fin identificar. Eran los amantes de Chagall, que navegaban plácidamente por el cielo cuando el halcón peregrino arremetió contra ellos, asestándoles un picotazo. Como si fuesen un globo pinchado por una aguja los amantes comenzaron a vaciarse, y mientras iban lentamente deformándose cayeron por el aire, hasta pasar por delante de mi balcón, ya completamente desinflados y en caída libre. Terminaron desplegados como un cuadro sobre el asfalto de la calle.

Pasado mañana comienza septiembre. Me va a tocar impartir clase en el cuatrimestre que se avecina. Si todo va bien (mientras escribo, en lo que respecta a la propagación del virus, todo está yendo mal en España, y sobre todo aquí en Madrid), las clases de máster serán presenciales. Los pocos alumnos se repartirán con un metro y medio de distancia de por medio en un aula grande. Las clases de grado serán semipresenciales: las impartiremos en aula durante una de cada tres semanas y, si el grupo es grande (como lo son casi todos), la mitad acudirá un día, la otra mitad al día siguiente. Es decir, tendrán solo tres o quizá cuatro clases presenciales en todo el cuatrimestre. He estado haciendo clases virtuales sobre cómo impartir clases virtuales. Da pereza, pero es lo que toca.

Contar con el sueldo de profesor, intacto, a lo largo de estos meses y de los meses por venir ha sido y está siendo un raro privilegio. Seguramente un injusto privilegio. Me ha venido a la cabeza, en estas últimas semanas, un verso que yo creía que era de un poema de la Gran Guerra de Wilfred Owen, y que debo de haber estudiado o aprendido en el colegio. “Oh God, let it end”. Me he puesto a buscarlo y he descubierto que no es de Wilfred Owen, sino de Siegfried Sassoon, de un poema llamado “Attack”, y lo recordaba mal. Dice el poema, en realidad: “O Jesus, make it stop!”.

Madrid

10 de marzo – 30 de agosto de 2020